

EUROPA VERSUS USA

Alain de Benoist

<<La revolución del siglo XX tendrá lugar en los Estados Unidos. Solamente se extenderá al resto del mundo si antes triunfa en aquel lugar>> (Carl Marx).

Comentarista en "L'Express" ensayista, director de colecciones, Jean-François Revel nunca ha considerado el mundo de las ideas como un universo lejano. En La cábala de los devotos y ¿Por qué los filósofos? (y en una Historia de la filosofía occidental de la cual solamente aparecieron los dos primeros tomos), ha reaccionado con humor contra los excesos de una cierta especulación filosófica. Su vena polemista se manifestó en El estilo del general y Carta abierta a la derecha. En La tentación totalitaria ha subrayado el carácter necesariamente opresivo de las ideologías marxistas. La misma convicción que expresa en las primeras líneas de Ni Marx ni Jesús.

Para el triunfo de una revolución, decía Lenin, <<es necesario que la élite no quiera y el poder no pueda>>. En la actualidad, precisa Revel, existe al mismo tiempo una crítica de la justicia, de la gestión, del poder político, de la cultura y de la <<civilización antigua como censura>>. Según Revel, todas estas condiciones solamente se han reunido en los Estados Unidos. Ello no quiere decir que la revolución triunfará en Norteamérica, sino que no hay duda que se producirá allí.

La URSS pronto dejó de ser un centro de impulso revolucionario, tan pronto como terminó de depurar a los Zinoviev y los Trotsky y Stalin reemplazó La Internacional por el Himno Soviético. La Unión Soviética se convirtió en una superpotencia con las ambiciones propias de una superpotencia.

En Europa occidental, todo parece indicar que la izquierda está condenada a la repetición de fases históricas superadas. <<La izquierda occidental no se define en términos de poder —escribe Revel—, sino sobre todo en términos de elegancia programática. Se ocupa de todo, salvo de lo que tiene a su alcance>>. Aportando su dosis de mala conciencia a los grandes partidos, los "grupúsculos" impiden la sana renovación de temas y de análisis. Pero en la mayoría de los casos se contentan con el simple psicodrama: en mayo del 68, en la Sorbona, en los aniversarios de la muerte de Zola. La imaginación hace gala de ausencia ante un triste poder imaginable y repetitivo. Baudelaire proponía añadir dos derechos suplementarios a la lista de los "derechos del hombre y del ciudadano": el derecho a contradecirse y el derecho a desmentirse. Una cierta contestación ha hecho amplio uso de ellos.

<<Pasado y pasadismo, sí, retorno y repetición, esto es todo lo que podemos constatar: la invocación de doctrinas y sucesos ya devorados, abortados, archivados por la historia. ¿La imaginación como sinónimo de repetición? ¿La revolución entendida como rédito?>>

El "tercermundismo", a los ojos de Jean-François Revel, no es una solución más decorosa. El maoísmo es un modelo específico, que parece convenir únicamente a los chinos. Las naciones proletarias "socialistas" solamente tienen de socialistas el nombre. Por lo demás, <<La revolución en el Tercer Mundo es imposible sin un despegue económico, y este despegue económico es imposible sin la ayuda de un

país desarrollado verdaderamente revolucionario>>. Círculo vicioso. <<La ley cruel del subdesarrollo es que sus revoluciones también son subdesarrolladas>>.

Quedan pues los Estados Unidos. Jean-François Revel no tiembla al responder a los antiamericanos de izquierda que todo el arsenal contestatario nos ha llegado desde la otra orilla del Atlántico. "Contracultura", black power, liberación sexual, educación antiautoritaria, música pop, arte abstracto, freudomarxismo, women's lib, gay power, universidades libres, "comunidades": todos productos made in USA. La "nueva izquierda" nació entre Columbia y Berkeley, pero en sí misma no es más que un epifenómeno: <<En la actualidad, hay más espíritu revolucionario en la derecha norteamericana que en la izquierda europea>>.

Sin embargo, quien dice revolución dice <<suceso nuevo, que no ha ocurrido antes en ningún lugar>> ¿Responde la contestación norteamericana a esta definición? Revel ha percibido el peligro: <<Lo peor del free movement americano es que, en realidad, es pura ideología decimonónica>>.

Un escenario

imaginado por Freud

¿Y si ya hubiera sucedido? ¿Y si los valores profundos a los que se remite la contestación contemporánea no fueran una novedad, una prefiguración revolucionaria, sino los propios de la "América eterna", de la América que festejó (sin alegría) su bicentenario en 1976?

Geoffrey Gorer (The Americans. A Study in National Character, 1948) ya había advertido que la fundación de Norteamérica reprodujo la escena mitológica imaginada por Freud para describir el nacimiento de la civilización: <<Según Freud, los hijos se asocian para matar al padre tiránico; después, nombrando a uno entre ellos para ocupar el lugar del padre asesinado, establecen un contrato que institucionaliza legalmente su mutua igualdad, igualdad basada en la renuncia de cada uno a la autoridad y a los privilegios del padre. La Inglaterra de Jorge III ocupó el lugar del padre despótico; los colonos americanos el de la conjuración de los hijos, y la Declaración de Independencia y la Constitución de los Estados Unidos el del contrato por el cual todos los americanos pretenden garantizar la libertad y la igualdad sobre la base de una renuncia común al privilegio paternal más odiado y más envidiado: la autoridad>> (Esta interpretación explica, en parte, el extraordinario éxito de la doctrina psicoanalítica en los Estados Unidos).

<<Desde sus orígenes –escriben Robert Herte y Hans-Jürgen Nigra–, los americanos retienen tres creencias fundamentales: la creencia en que América, nueva Tierra Prometida, es la prefiguración de Cosmópolis, la futura República Universal, y que la "misión" de los americanos consiste en dar ejemplo; es decir, exportar el modelo universal del Bien democrático; la creencia en que todos los hombres son iguales, y que todos (con la ayuda de Dios, naturalmente) pueden alcanzarlo todo; la creencia, en fin, en que la autoridad es una cosa nefasta y odiosa en sí misma, y que las instituciones a las que deben recurrir (gobierno, ejército, etc.) no son sino males necesarios a los que es preciso limitar sus prerrogativas>> (Il était une fois l'Amérique, en "Nouvelle École" n° 27).

Un eterno presente

Los Estados Unidos no son una nación como las demás. No son el país de *ningún pueblo*. En todos sitios, en todo el mundo, la *nación* representa una unidad de destino, que consagra (y, a su vez, acentúa) una cierta *homogeneidad* humana – homogeneidad que puede ser tradicional, cultural, étnica, etc. Pero nada de esto sucede en los Estados Unidos, simple aglomeración de hombres y mujeres *llegados de todos los países*, cuyo común denominador tiene en origen una *voluntad de ruptura con Europa*, y, en la vida cotidiana, su participación en un cierto modo de vida (*modo de vida* entendido como contrario a *estilo de vida*). Allí donde el *principio* es el cosmopolitismo, en efecto, no puede existir la homogeneidad al nivel humano. La única unidad posible es la establecida al nivel material, al nivel de las cosas. Por ello, el *american way of life* es el único verdadero cimiento nacional.

El carácter cosmopolita de América explica su ausencia de *cultura*, en el sentido necesariamente orgánico del término. <<No existe cultura que no sea tradicional>>, decía Keyserling. ¿Y por qué? Porque la forma y el verdadero orden de la vida exigen que el pasado, el presente y el porvenir se relacionen entre sí conforme a una proporción justa. Ello implica una determinada relación entre los principios de la tradición y del progreso>> (*Psicoanálisis de América*, 1930). Una relación tal es imposible en un país que precisamente se caracteriza por un rechazo de la *perspectiva*.

Nacida de una ruptura con el pasado (europeo), Norteamérica no puede *imaginar* un futuro diferente a la línea indefinidamente prolongada de un "progreso" utópico: carece del *soporte* necesario para tal "imaginación". Frente al devenir histórico, Norteamérica vive en un *eterno presente*, en una sucesión *irreversible* de momentos presentes que constituyen el cuadro de esa <<búsqueda de la felicidad>> (*pursuit of happiness*) a todos garantizada por la Declaración de Independencia. Su pensamiento implícito consiste en reducir a la unidimensionalidad la tridimensionalidad del tiempo; su objetivo social, en hacer coincidir al máximo de hombres en una misma dimensión de *simultaneidad*. El inconsciente norteamericano, como tan a menudo se ha constatado, se funda en una *mística del espacio* (la idea de que, más allá de la frontera, siempre hay un espacio a *explotar*), por oposición a la mística del tiempo. De ahí la importancia de la "conquista del espacio", como sustituto a la "conquista del tiempo" característica de toda cultura tradicional. Por ello mismo hablar de una cultura norteamericana es una contradicción en los términos, un puro sinsentido. La cultura es esencialmente el producto de lo *típico*. Pero en Norteamérica lo *aislado* sustituye a lo típico (en sentido etimológico). Una suma de *aislados* pueden agregarse por adicción, pero nunca "fundirse" en la síntesis que constituye un pueblo; nunca pueden producir una cultura, sino, a lo más, una simple *civilización* (Keyserling ofrece un buen ejemplo cuando subraya que, en los Estados Unidos, <<la belleza se mide con relación a la popularidad, nunca con relación a su valor espiritual>>. Y es así porque en una nación sin homogeneidad, el sentimiento de la belleza –como el del valor espiritual– no puede estar ligado a normas implícitas del *alma popular*. Solamente puede tenerse, entonces, la *idea* de una belleza abstracta, una belleza que no remite a nada, que no se refiere a nada).

Por consecuencia, y por necesidad, el universalismo norteamericano es incompatible con la existencia de culturas y de estilos de vida diferentes. No es ninguna casualidad que la difusión del *american way of life* sea paralela a la *reducción* de las diferencias entre los países y los pueblos. Los norteamericanos están irresistiblemente empujados a imponer su propio modelo –a absorber en su civilización de la cantidad todas las diferencias cualitativas resultantes de la diversidad del mundo. Están condenados a hacer desaparecer todas las culturas que pueden tocar con su dedo, a desarraigar todas las tradiciones. Exportando su modo de vida, matan necesariamente el alma de los pueblos, porque ellos mismos son los portadores de tal asesinato.

El rechazo

de la razón de Estado

<<Más que ninguna otra nación del mundo –escribía Thomas Griffith–, los Estados Unidos están obsesionados por la idea de *igualdad*, idea que es la base de su Constitución>> ("The Times", 05-04-1974). América es, en efecto, el único país de la Tierra que nunca ha tenido un semblante de aristocracia –el "aristocratismo" consiste, por lo demás, en saber dar un *valor* a las cosas que no tienen precio. En Norteamérica, decía Keyserling, <<el dinero es el símbolo de todas las tareas *cumplidas*>>. En su origen, este rechazo del aristocratismo es consecuencia de la ruptura original con Europa.

Norteamérica no ama a los *mejores*. Solamente aprecia a los *winners*, los "ganadores": aquellos que han tenido *éxito* sin dejar de ser "como todo el mundo". Esta noción de "éxito" –exclusivamente material y social– reemplaza a la de superioridad. El "éxito" conforma el *optimismo* ambiente norteamericano. El rechazo de la autoridad conduce también a una cierta desconfianza frente al "especialista" –pues éste podría estar tentado de transformar su *saber* en *poder*. En ningún otro país se ha dado tanto honor al "ocasional", al francotirador, al soldado de ocasión. Uno de los proverbios más repetidos en el Far West era el siguiente: <<Primero viene el mentiroso, después el sucio mentiroso, después el especialista>>. Toda la concepción del "éxito" a la americana (el mito del joven laborioso que llega a millonario partiendo de la nada) procede de la idea bíblica del "hombre ordinario", más válido que el "hombre superior", ya que únicamente los humildes son agradables a Dios. Paralelamente, el tema de la "igualdad de posibilidades" reposa en la creencia fundamental de que con una buena *educación*, una buena "socialización", cualquiera puede hacer no importa qué. La "iniciativa individual" –para nada incompatible con el colectivismo de las *costumbres*– es aquí concebida como el mejor medio para poner a las jerarquías en tela de juicio.

El militar *de carrera*, encarnación de la autoridad por excelencia, es una figura particularmente digna de desconfianza, incluso odiada. Los adversarios de la guerra de Vietnam, siempre prontos a denunciar el "complejo militar-industrial" olvidaron (o creían haber olvidado) que los norteamericanos son uno de los pueblos menos *militaristas* del mundo. En cualquier otro país occidental, los *valores* militares han sido elogiados como ideales y normas para la vida civil. A lo largo de su historia, Norteamérica –asegura de sí misma– ha intentado mantenerse alejada de los conflictos, y solamente –asegura de sí misma– ha entrado en conflicto ha regañadientes y forzada, generalmente a causa de "provocaciones". Como en todos los sistemas burgueses, el ejército es considerado como una simple *policía*: ese fue el caso de la caballería norteamericana durante la "conquista del Oeste" (que fue también la conquista del vacío: el número total de indios nunca superó el millón). En ningún otro país del mundo las derrotas militares engendran semejantes olas de *culpabilidad*: el ejército americano gana, si no, no juega.

Por lo mismo, el gobierno no tiene por objeto dar al pueblo un destino que sería su *razón* de vivir, sino solamente asegurar sus *medios* de existencia. El Estado norteamericano no es un todo que multiplica, sino un todo que adiciona. El rechazo de la *razón de Estado* esconde lógicamente el rechazo de la idea de un país que es más que la simple suma de sus ciudadanos, que en nombre de este "algo más" gobiernan los jefes de Estado, y que por esta razón poseen prerrogativas que no tiene el "hombre ordinario". El desarrollo y el resultado del caso *Watergate* son la ilustración perfecta de esta repugnancia frente a la razón de Estado: el mismo "affaire", en

Europa, hubiera tenido una repercusión marginal (según la perspectiva que se adopte, se puede deplorar o felicitar). Por lo demás, la razón de Estado se sitúa, por definición, más allá del bien y del mal: las consideraciones que la motivan trascienden tales valores. Por ello mismo, por su carácter transético, resulta incomprensible, cuando no repugnante, para los habitantes de un país cuyas dos piedras angulares son la Constitución y la Biblia. Para los norteamericanos, el gobierno ideal es aquel que se manifiesta lo menos posible. El Estado norteamericano no *gobierna*; *administra*. Es un anexo de la seguridad social.

La *política*, en sentido tradicional, se arraiga en la idea misma de razón de Estado –en la idea según la cual el principio de *soberanía* es un principio de *autoridad*–, idea de la que Norteamérica tiene una imagen deformada. Según los norteamericanos, la esencia de la razón de Estado no es la *fuerza*; sino que se trata más bien de un anexo de la *moral*. Los valores políticos supremos se remiten inmediatamente a la Biblia: justicia igualitaria, moralismo, aspiración a la paz universal. La política por excelencia no es la política *exterior*, que pone en juego las *relaciones de fuerza*, sino más bien la política *interior* –que se reduce a una *gestión*. De ahí la estabilidad sorprendente del sistema, en donde el juego de los dos grandes partidos, con programas prácticamente idénticos, se reduce a la alternancia regular, a base de "kermesses" electorales, de desfiles de "majorettes" y de golpes de efecto.

Los políticos han de esforzarse para convencer a sus electores de que son "ciudadanos normales". Gobiernan según marquen los *sondeos*, y las verdaderas *decisiones* no proceden tanto de los hombres de Estado como de los representantes de la opinión, los propietarios de los *mass media*, los jefes de los *lobbies* y los *lawyers*.

American way of death

Inmediatamente después de la independencia, el Congreso norteamericano adoptó esta resolución: <<Conviene al interés de los Estados Unidos interferir lo menos posible en la política y las controversias de las naciones europeas>>. Repetida por Georges Washington y después por Monroe, esta resolución se convirtió en la regla de oro de la *carencia de política exterior* de los Estados Unidos. Detalle significativo: ya en 1787 fue suprimido el ministerio de asuntos exteriores. La persona designada para este puesto es designada simplemente como "secretario de Estado". El *aislacionismo* devino una constante de la historia norteamericana –las "intervenciones" exteriores resultan de operaciones en las cuales los Estados Unidos se han visto "implicados" (*involved*), o de "cruzadas" de carácter moral (contra el nazismo, contra el comunismo, contra el islamismo, etc.)

El 10 de junio de 1971, en París, durante la conferencia del Instituto de estudios Occidentales (IEO), Thomas Molnar explicaba: <<El segundo soplo de las viejas ideas revolucionarias encontró su "leifmotiv" en la idea del "destino manifiesto"; es decir, la creencia mesiánica de muchos colonos norteamericanos, después de Thomas Jefferson y los Padres fundadores, de que el destino les ha encargado exportar al mundo entero el modelo de una democracia ideal norteamericana>>. En la actualidad, los Estados Unidos están presentes en el mundo en razón de su *peso*, no por la *voluntad* de un gran deseo –de una gran política.

Todas las componentes de la nación norteamericana son diferentes entre sí. Solamente coinciden en el modo de vida (el *american way of life*), precisamente el nivel donde la diferencia es rechazada (en el nivel donde, en un país homogéneo, la diversidad de los modos de vida, reflejo de la diversidad de condiciones, es la regla natural). En los Estados Unidos, la presión de la opinión, medida regularmente por los

sondeos, es particularmente fuerte. Esta presión es tal que todos los actos de la vida social están completamente *ritualizados*. Quienquiera que se descubra verdaderamente diferente se entrega al diván del *analyst* o a las largas sesiones de la terapia de grupo. Norteamérica es la tierra del *colectivismo de las costumbres*.

Keyserling escribió a este propósito: <<La diferencia entre la Rusia bolchevique y en la América capitalista es una simple diferencia de prosperidad: el nivel es diferente, pero la nivelación es idéntica (...) Esta extraordinaria semejanza entre la Unión Soviética y los Estados Unidos es una de las constataciones más instructivas que nunca he hecho. La diferencia se resume de hecho en una simple diferencia de lengua: el espíritu es el mismo, sean cuales sean las causas que en cada caso han permitido su existencia empírica. Los dos países son fundamentalmente socialistas. Pero mientras América expresa su socialismo bajo la forma de una prosperidad general, Rusia lo hace bajo un pauperismo general>> (*Psicoanálisis de América*, 1930). En los dos países, las aspiraciones humanas juzgadas fundamentales son las aspiraciones *sociales*. En los dos países, decía Spengler, <<la economía es el destino>> (observaciones análogas fueron ya efectuadas por Gobineau y Renan).

La revolución que, según Revel, habría de nacer en los Estados Unidos *ya ha sucedido*. Con relación al universo mental del mundo europeo, la formación de los Estados Unidos representó en efecto una *ruptura* radical y decisiva. Por vez primera, en 1776, un país decidía *fundarse* sobre un principio igualitario plenamente consciente. Por vez primera, a pesar de la falta de evidencias, se proclamaba *por ley* que <<los hombres nacen libres e iguales>>. Toda la razón de ser, toda la existencia, toda la historia de los Estados Unidos deriva de esta revolución por la cual rompieron voluntariamente con el "padre" europeo: la primera (gran) revolución democrática de la historia.

Entre 1960 y 1970, se duplicó el número de estudiantes norteamericanos "radicales". Pero no se trataba de un fenómeno *nuevo*. Treinta años antes Keyserling observaba: <<El socialismo americano es en parte el efecto de tres causas: su juventud, la preponderancia del espíritu *femenino* y una actitud *moralista*. Siendo la mujer la *fracción altruista* de la humanidad, ella es, en principio y por naturaleza, *social*. Por otra parte, la conciencia de grupo siempre en el tiempo a la conciencia individual. En fin, el moralismo fundamental del tipo humano americano debe necesariamente favorecer el crecimiento de las tendencias sociales, porque el moralismo tiene por primera preocupación no al hombre en tanto que entidad única, sino una relación entre "tú y yo". Todavía existen otras razones, que podemos llamar accidentales, de la existencia del socialismo americano. El espíritu de las revoluciones del siglo XVIII, cuya esencia fue la revuelta contra toda jerarquía de los valores, aun reina en los Estados Unidos; es el alma de toda la constitución política de los Estados Unidos>> (op.cit.)

Este <<espíritu de las revoluciones del siglo XVIII>> es precisamente el que caracteriza la actual ola de contestación. Ciertamente, los "radicales" actuales son más propensos al catastrofismo que a la creencia en un progreso indefinido. Pero ello se sigue de una cierta lógica interior. Habiendo querido "olvidar" su pasado, los norteamericanos siempre han estado convencidos de que el "mañana" no podía ser sino *mejor* con relación al "hoy". Cuando descubrieron que ello no era necesariamente así, la perspectiva cambió y creyeron que el "mañana" no podía ser sino *peor* al "hoy". El optimismo patológico, una vez desmentido, no se invirtió en realismo, sino en un pesimismo excesivo. Lo uno no es sino la *antítesis relativa* de lo otro. La *aspiración* que se agita en la base de este doble proceso es la misma.

No es un azar que la contestación americana (de la cual Jean-François Revel reconoce que solamente es posible <<en los intersticios de la economía de la abundancia, y gracias a sus excedentes>>) se haya precipitado en un evangelismo de pacotilla, sobrecargado de orientalismo. Era inevitable que el movimiento hippie embarrancara en la *Jesus revolution* –en la búsqueda de <<un mundo de hermanos y hermanas que se amen con amor verdadero>> (programa "político" del *International Black Workers Congress*)– Los "radicales", al igual que sus ancestros puritanos, buscan en efecto recobrar un *espíritu* cuyos antecedentes históricos son los apocalipsis judíos y los valores del cristianismo primitivo.

La herencia

de los pioneros místicos

Arthur G. Gish (*The New Left and Christian Radicalism*, 1977) ha trazado un paralelo convincente entre los representantes de la "nueva izquierda" y los anabaptistas del siglo XVI. Escribe: <<También ellos, con Thomas Münzer, querían establecer sobre la tierra un reino de Dios fundado sobre la comunidad de bienes y de mujeres, y sobre la igualdad social>>.

Los "revolucionarios" norteamericanos no difieren sustancialmente de los Padres fundadores del siglo XVIII, de aquellos <<pioneros místicos>> tan bien descritos por Fitzgerald (*El Gran Gatsby*), de aquellos excluidos de Europa que veían en el "Nuevo Mundo", al tiempo, un Nuevo Israel y un Eldorado. Son los nuevos pietistas, los dignos hijos de William Penn, fundador de la "Ciudad del amor fraterno" (Filadelfia), y de Brigham Young, quien quiso instituir la "Ciudad de Dios" a orillas del Gran Lago Salado. No reprochan a la generación de sus mayores de haber vehiculado los principios a los que se reclama, sino más bien de haberlos traicionado, de no haberlos aplicado suficientemente, de haber olvidado que el enriquecimiento no es el presupuesto de la filantropía. Lejos, muy lejos de querer cambiar el sistema en el que viven, quieren *retornar a su fuente* redescubriendo el espíritu igualitario del "biblismo" y de la filosofía "iluminada". Ante el derrumbe del "sueño americano", no proponen una *superación* del mismo –que sería lo propiamente revolucionario– sino una *regresión*.

Pero todavía existe otra cosa que dota a este movimiento de cierto carácter "revolucionario": el hecho de que en los Estados Unidos *ninguna* contestación parece provocar un verdadero cambio. Resulta fascinante constatar, con Stanley Hoffmann, como <<América absorbe y se alimenta de *todo aquello que la contesta*>>. En el curso de su historia, Norteamérica no ha dejado de *recuperar* sus elementos marginales. Los únicos héroes de los que se ha dotado han sido los *outlaws*, los fuera de la ley, bandidos del *Far West* y *gansters* del Chicago de los años treinta, de quienes la literatura y el cine siempre han elogiado sus andanzas. Estos "bandoleros bienamados", ¿no fueron ellos también *self made men*?

A despecho de sus críticas contra el "imperialismo" americano –un imperialismo sin asomo de *Imperium*–, es natural que la "nueva izquierda" europea manifieste una atracción irresistible hacia esa Norteamérica que le ofrece un justo cuadro a sus aspiraciones.

Esta atracción tampoco es nueva. Podríamos hacerla remontar hasta los fantasmas del joven La Fayette. En Francia, toda la izquierda intelectual de la Liberación se ha alimentado del jazz, de las novelas y de los filmes norteamericanos. Fue la época en que Marceau Pivert, Pierre Monatte, Roger Hagnauer y Alfred Rosmer reprochaban a Daniel Guérin cierta <<severidad excesiva>> en su libro *¿Hacia dónde se dirige el*

pueblo americano? (1950). Después de los "desgarros" de la guerra fría, la descolonización ofreció la ocasión a la *intelligentzia* de redescubrir la América eterna, siguiendo los pasos del "kennedysmo" y de la *new society*.

El sociólogo Edgar Morin regresó extasiado tras pasar una semana en las "comunidades" de California, donde encontró, dijo, un *ideal* que definía de este modo: <<Neorousseaunismo, necesidad de pureza cristiana, calor infantil, tradición libertaria, comunismo utópico, rechazo de Occidente>> (*Diario de California*, 1970).

Jean-Marie Domenach roza lo paradójico cuando afirma: <<Los estados Unidos, en la actualidad, son el más grande país comunista del mundo>> ("Esprit", octubre 1970). Por lo demás, precisa Annie Kriegel, los comunistas <<a su manera, siempre han amado a América, (porque) se han sentido acordes a sus aspiraciones, a sus necesidades, al uso persistente de la metáfora del *Nuevo Mundo*>> (*Comunistas franceses*, 1974). Y sigue: <<Que la entrada en la tierra prometida pase por la emigración o por la conversión, en los dos casos, necesita olvidar el antiguo país de la Caída y el Pecado, necesita, en lo personal, *elegir* una nueva manera de estar en el mundo. El emigrante y el comunista llevan en el equipaje una misma experiencia brutal, la experiencia de la *ruptura*>> (Ibidem).

<<En el orden de los colonialismos –escribía Jean Cau en 1975–, no siendo americanos hoy no seremos soviéticos mañana, porque un pueblo que ha perdido su alma ya no necesita defender su libertad física>> (*Pourquoi la France*).

Moscú decepcionó a la "nueva izquierda". Washington tomó el relevo.

Texto descargado de:
Centro de Estudios Euroasiáticos(CEE)
Enero 2007